

MANUEL BOBIS REINOSO

ALMA Y UNAS NAVIDADES MÁGICAS



A mis abuelos, a los abuelos y a las Joyas literarias juveniles que tanto me hicieron disfrutar en mi infancia y adolescencia

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

**© Manuel Bobis Reinoso 2023
Registro de la propiedad intelectual de Andalucía.**

ISBN: 9798873253395

Sello:



**Corrección y maquetación: Drakkar Ediciones.
Ilustración y diseño de portada: Canva IA y Drakkar Ediciones.
Impresión y encuadernación: Amazon.
Asesoramiento joven: Marta Zambrano de la Rosa.**

ALMA Y UNAS NAVIDADES MÁGICAS

24 de diciembre



Aquí estoy, en la que fue la habitación de mi madre en casa de los abuelos. Estoy enfadada porque mis regalos de Navidad han sido este diario donde escribo ahora y una llave. ¿Una llave?, encima, los abuelos:

—Queremos que descubras tú misma qué es lo que abre.

¡Yo flipo! No han querido decírmelo. Esperaba un iPhone, una plancha para el pelo o un eyeliner de Nyx. En

fin, enviaré, como si fuera una niña chica, una cartita a los Reyes Magos. ¿Qué quieren?, ¿que les haga un dibujito con ceras de palmeritas y una estrella?

Escribo esto porque mi madre me va a preguntar mañana:



—¿Has comenzado ya el diario?

¡Sí, hija, he empezado! Esto de escribir a mano con un bolígrafo es ya de antigua, nada que ver con la velocidad con que mis pulgares le dan al WhatsApp. Si le digo que no, se va a poner pesadísima con que estoy very enganchada al

móvil, con que últimamente estoy muy triste y ojerosa y que me va a venir bien expresarme. Imagino que buscará este diario en mi habitación y lo leerá para cotillearme. Ahora están empeñados en que he desarrollado una adicción, que sufro nomofobia, o sea, fobia a estar sin el móvil. Es cierto,



me he pasado toda la cena y sobremesa de Navidad con los cascos puestos tecleando, pero lo hago para no escuchar las tonterías de los viejos, tampoco tengo por qué aguantar a la caratriste de la mujer del tío Ricardo y a los cabezones de mis primos. Además, desde que murió el tío, estas cenas son

más un funeral que una fiesta. Solo falta cambiar las flores de Pascua por coronas con cintas que digan «Tu familia no te olvida». Yo paso, para eso, mejor me pongo con el móvil.

Papá y mamá se van mañana de vacaciones al Caribe. Ya se han despedido de mí porque salen muy temprano hacia



el aeropuerto. Me quedo aquí con los abuelos, en esta prisión aburrida y carcomida de muebles antiguos de madera que huele a momia. No voy a poder salir con las niñas porque esto está en el centro de la ciudad, yo vivo en el pueblo. Tampoco me dejan coger el autobús sola y los abuelos pasan

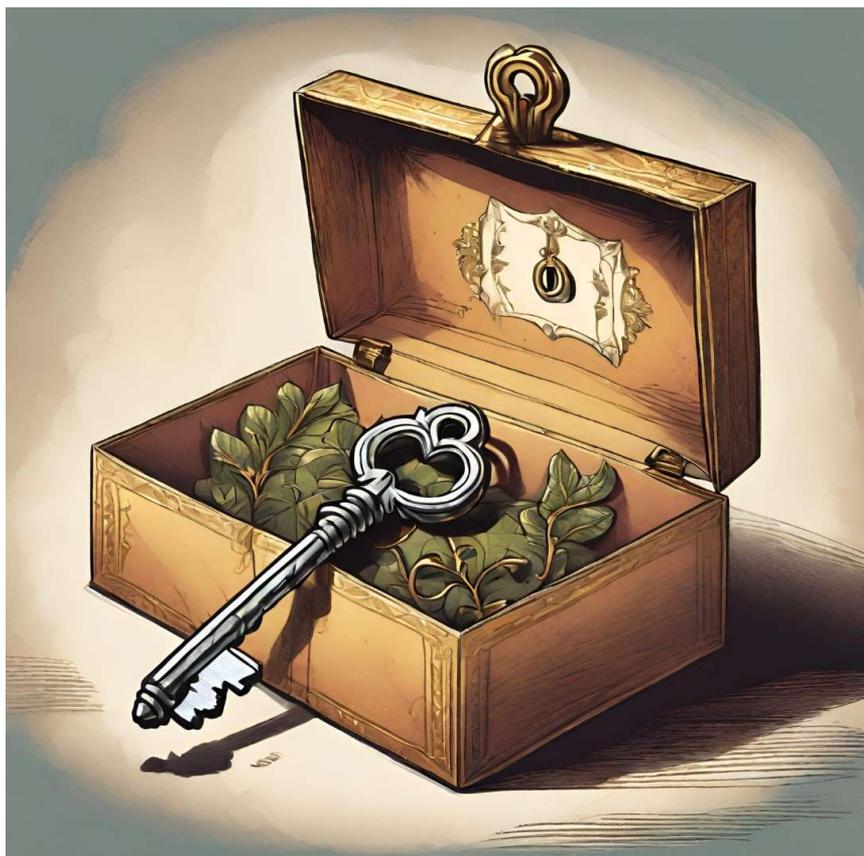
de llevarme. Desde lo del tío Ricardo, solo salen a la calle para sacar a Lluvia a que haga sus necesidades. La comida la compran online, se la traen a casa y, para no salir, la abuela se ha enganchado a Amazon. No tienen ganas de nada, ha tenido que venir mamá a decorar la casa para



Navidad. Si por los abuelos fuera, no habría árbol, ni adornos, ni regalos, ni nada. Parece que se enterraron ellos también cuando enterraron a su hijo. ¡Vaya vacaciones que me esperan! Voy a echar de menos a las niñas, aunque a veces no entienda su humor, ni que piensen y me digan que

estoy gorda y soy fea. Son mis amigas, ya está, eso es lo importante.

El regalo de los abuelos ha sido la llave misteriosa que Parece la de la mansión de la familia Monster. Mañana investigaré qué abre, al menos me entretendrá en algo.



Bueno, ya he escrito, he cumplido por hoy con este estúpido diario. Ahora me pondré con el móvil, estoy deseando. A partir de mañana, le tengo que enviar un WhatsApp a mi madre informándole del tiempo de uso que marca. No quiere

que sobrepase las cuatro horas. Me quedaré en tres horas y cincuenta y nueve minutos, ni un segundo menos.



25 de diciembre



El día ha comenzado bien. Me he levantado temprano, y eso que, como casi siempre, me dormí tarde contándoles a las niñas el rollo de la cena de Navidad. No les he dicho qué me han regalado porque me da vergüenza, se burlarían de mí inmediatamente llamándome personaje. A ellas chándales y zapatillas de Nike, ¡me muero de la envidia!

La abuela me ha preparado tortitas con sirope de arce y picatostes con azúcar y canela. Me he chupado hasta los

dedos. Después, he intentado entregar el móvil, tal como me ha pedido mamá. El abuelo me ha dicho:

—No hace falta preciosa, te lo puedes quedar todo el tiempo.

¡Vamos!, he desayunado dulce en vez de esa fibra



con sabor a cartón y no he tenido que dar el móvil. Volví a preguntar:

—Abuelos, ¿qué abre la llave que me habéis regalado?

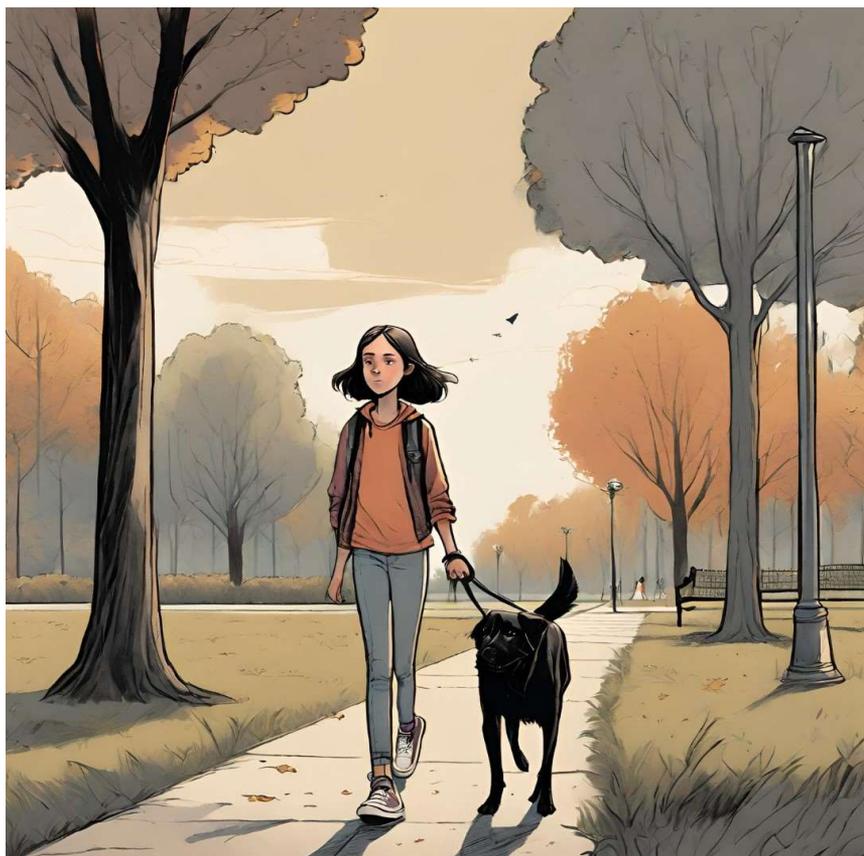
—Eso lo tendrás que averiguar por ti misma.

La curiosidad podía conmigo, me pinchaba, necesitaba saberlo ya. La casa de los abuelos es muy grande, de dos plantas más azotea. Los muebles son antiguos, casi todos con cerradura, pero pequeñas para esta llave. Lluvia, un perro igual de viejo que los abuelos, no se ha despegado de



mi lado, parece que tiene ganas de aventuras, de jugar con alguien con colágeno. Después de mucho dar vueltas por la casa sin encontrar la cerradura adecuada, loca por tirarme en el sofá, me di por vencida.

Por la tarde, el abuelo me pidió que sacara a Lluvia. Me hubiera negado porque creía que eso de coger, iaagg!, la caca blandengue, pastosa y calentita con una bolsa me iba a dar mucho asco, pero me daba cosa decirle que no, además, me apetecía dar un paseo porque la tarde pintaba soleada.



Llegué, pensando en mis cosas y mis amigas, hasta el parque. Tiene mucho césped, un estanque, grandes árboles y caminos donde las momias queman el colesterol. Allí he conocido a Sandra, una niña de mi edad que también paseaba a su perro. Ella es rubia, muy guapa. Su perro, blanco como la

nieve, se llama Pelusa. Nos hemos hecho amigas, los chuchos han jugado y correteado todo el tiempo. Me ha sorprendido que, cuando Lluvia hizo sus cosas, no sentí ningún asco al recogerlo. Sandra me ha dicho que va al parque todos los días sobre la misma hora. Creo que mañana repetiré, me ha



caído muy bien.

El abuelo ha venido a la habitación para darme un beso de buenas noches. Después de pincharme con las barbas, me ha preguntado:

—Alma, ¿sabes ya qué abre la llave?

—No, he probado por toda la casa.

—Esa llave abre la puerta a la diversión, pero para divertirnos es imprescindible que tengamos algo. Si encuentras ese algo, habrás hallado el ojo de la cerradura que abre esa llave.



—¿Qué es ese algo? —pregunté.

—Debes razonarlo tú misma.

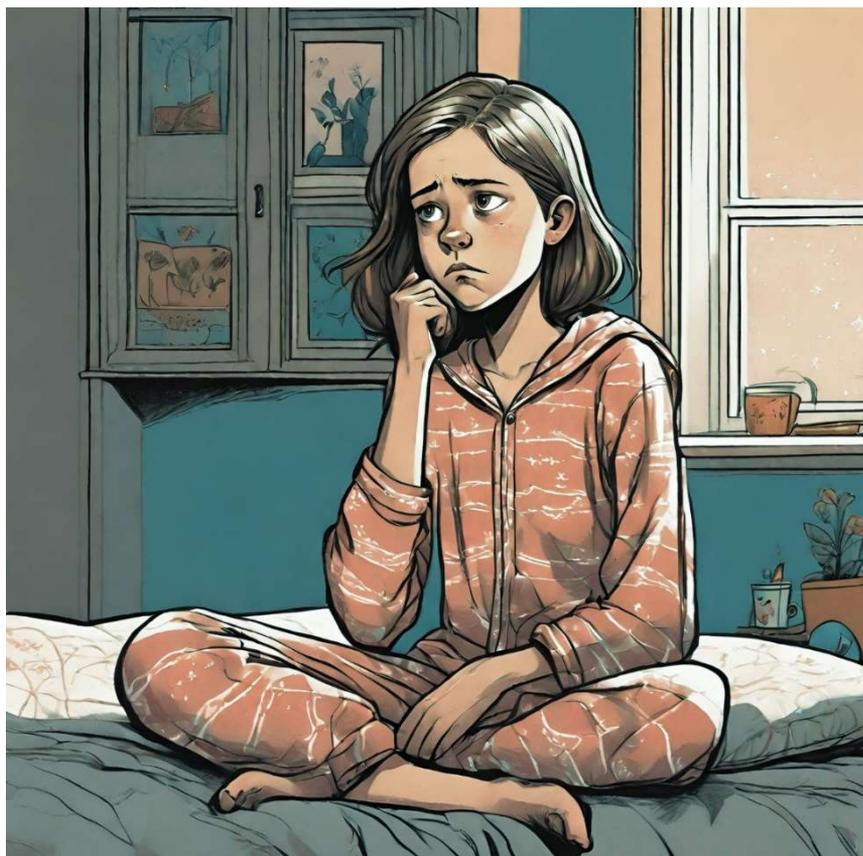
—¿Es Internet?

—¡No!, nos podemos divertir sin Internet.

—¿Amigas?

—Tampoco, podemos divertirnos mucho solos. Piensa, hasta mañana.

Y aquí estoy intrigada y rayándome. Parece que al abuelo le gustan las adivinanzas. Tiempo de hoy con el móvil: ¿solo una hora y quince minutos? ¡No me lo creo! Mamá



se va a poner muy contenta, va a dar un salto triple mortal con tirabuzón.

26 de diciembre



Hoy también me he levantado temprano, Lluvia me ha despertado con lametones en la cara. Aunque todavía tenía sueño, me levanté de un salto porque estaba intrigada con lo que me dijo el abuelo. Harta de darle vueltas a la perla, decidí preguntárselo a ChatGPT. Me contestó: «Lo que resulta imprescindible para divertirse puede variar de persona a persona, ya que todos tienen gustos y preferencias diferentes. Sin embargo, tener una actitud positiva, estar

abierto a disfrutar de nuevas experiencias y mantener una mentalidad provechosa pueden marcar la diferencia en la diversión que se experimenta».

—Vale, supongamos que mantengo todo eso, ¿dónde está el dichoso ojo de la cerradura? —le dije a lluvia, que



me miraba con cara de «déjate de rollo y vamos a jugar». Consulté con Google, pero parece que les he preguntado a mis padres, más que aclararme qué es imprescindible, me ha dado la chapa con lo que no lo es. Me ha dejado muy claro que no es necesario ni beber alcohol ni drogarse ni hacer

locuras que puedan poner en peligro nuestra integridad física.

—¡Pues vaya!, tampoco me aclara nada, todos sabemos que debemos cuidar la salud. —Lluvia ladró tres veces, en ese instante, se me iluminaron las neuronas, ¡ole yo!, la



salud es lo único imprescindible para poder divertirnos, cuando estamos malitos no tenemos ganas de nada. Corrí hasta donde estaba el abuelo y le solté de golpe:

—Lo único imprescindible para divertirnos es la salud. Abrió sus ojos con expresión de sorpresa y me sonrió.

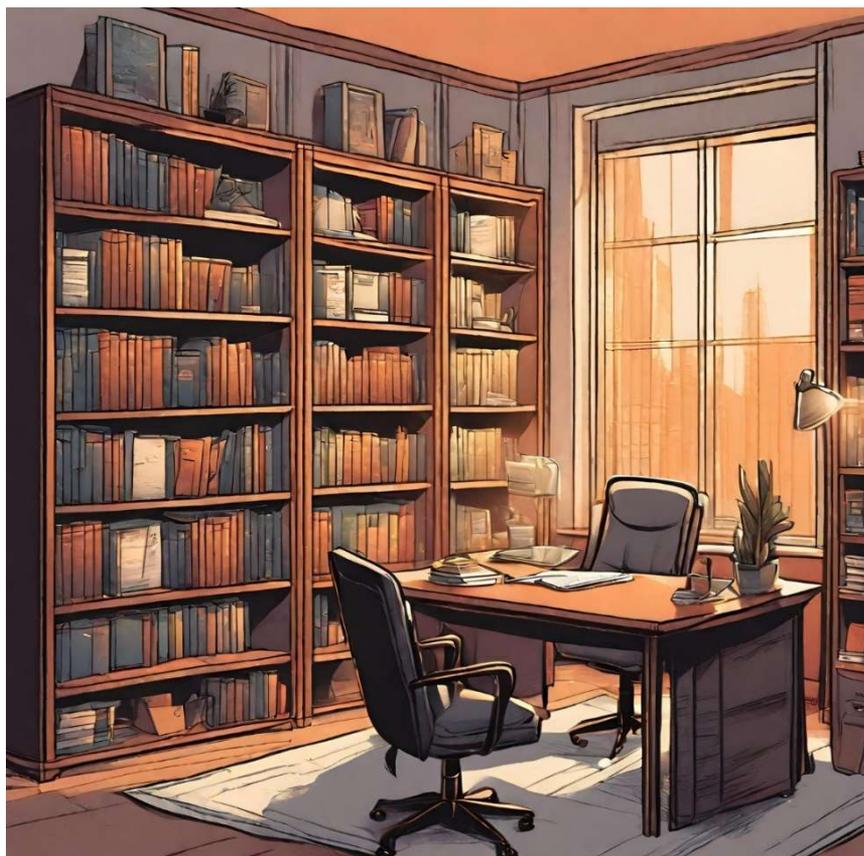
—¡Muy bien!, eres muy inteligente. Detrás de la salud se encuentra el ojo de esa cerradura.

¡Otra vez very intrigada! El chucho y yo nos pusimos a investigar por toda la casa. La abuela ha tenido mucha paciencia porque le hemos desordenado los cajones buscando



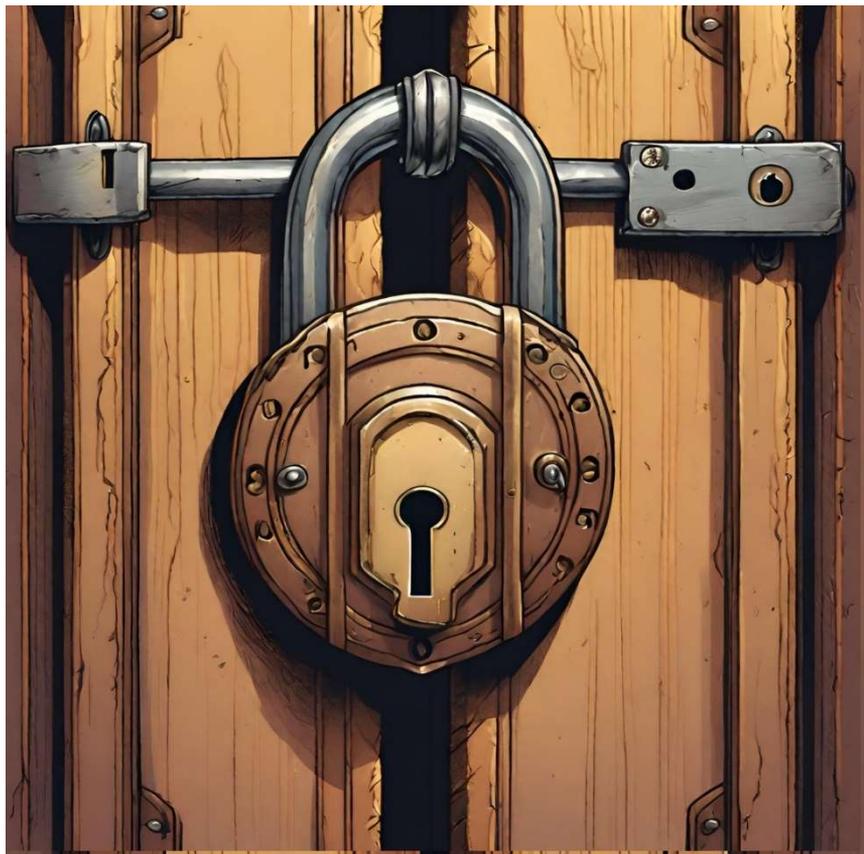
no sé qué que tuviera que ver con la salud. Sí, hemos encontrado un aparato para medir la tensión arterial, tarjetas de la Seguridad Social, zapatillas de deporte, pero de la cerradura, nada de nada. Ya por la tarde, después de llevar a Lluvia al parque para que jugara con Pelusa y de

charlar con mi amiga Sandra, decidí investigar en la habitación que me faltaba: la que fue despacho y consulta de psicología del abuelo cuando todavía estaba en activo. Una mesa, una silla, sillones desde donde los pacientes le contarían sus dramas, un estuche que contiene una pluma



estilográfica y, al lado, unas estanterías repletas de libros. De nuevo, los cajones de la mesa sufrieron un sunami, pero nada. Comencé a leer en los lomos de los libros, que si evaluación psicológica, que si psicopatología.

—¡Yo me corto las venas! —seguía hablándole a Lluvia como si él pudiese entenderme. Estaba ya modo malita como los pacientes de mi abuelo. Entonces la vi: *Gran enciclopedia de la salud en la familia*, doce tochos más pesados que mi amiga Vane, aunque ella dice que la que estoy gorda soy yo.



No entiendo cómo antes podían vivir sin internet, con lo cómodo que es consultar en la Wikipedia. ¿Para qué utilizaban los libracos estos?, ¿para hacer pesas?

Muy cansada, fui pasando los tomos, de uno en uno, de la librería a la mesa de despacho. Cuando quité el tomo

VI, apareció ante mí un hueco amplio en el panel trasero del mueble. A través de ese hueco podía ver el ojo de una cerradura en una puerta. Metí la llave, ¡vamos!, entraba perfectamente. Lluvia comenzó a llover y a mover la cola, corrí de nuevo entusiasmada a donde se encontraba el abuelo



para informarle de mi descubrimiento:

—La he encontrado, pero la cerradura está detrás de una librería —dije.

—No te preocupes, mañana retiraremos el mueble, podrás abrir la puerta y entrar en esa habitación.

—¿Qué hay allí?

—Mañana lo verás.

Termino de escribir en el diario, quiero dormirme pronto para levantarme temprano. ¡Me pica tanto la curiosidad! Tiempo de hoy con el móvil: una hora y tres



minutos. Otro día en el que mamá se va a poner muy contenta mientras se broncea en el Caribe.

27 de diciembre



Esta mañana he ayudado a los abuelos a quitar los libros de la estantería y a retirar el mueble. ¡Estoy reventá!, pero, ¡tarariiii!, ¡que suenen las trompetas!, por fin he podido meter la llave, darle media vuelta y abrir la puerta. Antes de que pudiera dar un paso, la abuela me ha dicho:

—¡Espera, espera, espera!

Ha entrado armada con una aspiradora, varios productos de limpieza y una infinidad de trapos. Tras ella,

protegida por Lluvia, penetré en un mundo de fantasmas iluminado por la luz tenue de una bombilla sin lámpara que cuelga del techo mediante un cable. Me encontraba en un gigantesco trastero, donde las sábanas tapaban muebles y cajas. Los abuelos comenzaron a retirar las sábanas y a



luchar contra el polvo acumulado en años. Cuando ellos me dieron permiso, exploré aquella jungla desconocida. Lo primero que me llamó la atención fue un teatrillo de madera divino, hecho con paneles, pintado con bonitos colores, con su telón, sus palquitos y hasta dos minúsculos faroles. Me

quedé boquiabierta, dentro, estaban guardadas doce marionetas. Me miraban como pidiéndome que les diera vida: rey, reina, princesa, bufón, dragón, príncipe, hada, bruja, mago, maga, caballero, arlequín.

—El teatro lo hice para que tu madre y el tío jugaran,



lo pintó la abuela, las marionetas las compramos en distintos viajes por Europa —explicó el abuelo mientras me enseñaba cómo se mueven los hilos.

—¿Dónde está el cuento? —pregunté.

—No hay un solo cuento, en nuestra imaginación duermen miles de historias deseosas de que las inventemos para que otras personas las conozcan. ¿Quieres escribir una para que estas marionetas vuelvan a actuar en el Gran Teatro Ride?



—¿Teatro Ride?

—Se lo pusieron tu madre y tu tío, «ri» de Ricardo y «de» de Delia. Dime, ¿quieres escribir una historia?

—Me gustaría, aunque no sé si seré capaz.

—¡Claro que vas a ser capaz!

—Las niñas dicen que soy muy torpe, que no valgo para nada.

—¡Vas a ser capaz!, no te pongas tú misma las barreras ni permitas que la opinión de los demás te condicione.



El abuelo siempre habla así, con esas frases raras de psicólogo. Seguí investigando en aquel enorme trastero. En una caja encontré una colección de comics llamada *Joyas literarias juveniles*. Son novelas famosas ilustradas. Comencé a hojearlas, me han encantado las viñetas con sus

dibujos a tuti color. Pregunté al abuelo si podía llevarme a la habitación la marioneta de la princesa y el primer ejemplar de la colección de comics. Me contestó:

—Todo lo que hay en este trastero es tuyo.

Le he contado a Sandra que he decidido escribir una



historia en la que aparezcan cada uno de los personajes que representan las marionetas, pero no ambientada en la edad media, que eso está ya pasadísimo, sino en los tiempos modernos, con móviles, internet, y drones malvados. Le ha encantado la idea, me ha hecho levantar la mano derecha

para prometer que no voy a pedirle a la inteligencia artificial que me escriba el cuento. Me lo inventaré yo solita con mi imaginación. Para inspirarme, he puesto la marioneta de la princesa sobre la mesilla de noche. Me pregunto por qué los abuelos taparon la entrada del trastero con la librería. Un



día de estos lo averiguaré, me está empezando a gustar esto de la investigación a lo Sherlock Holmes.

Dejo de escribir, estoy deseando comenzar el primer comic. Se llama *Miguel Strogoff*, de Julio Verne. Tiempo con el móvil: cincuenta y cinco minutos.

28 de diciembre

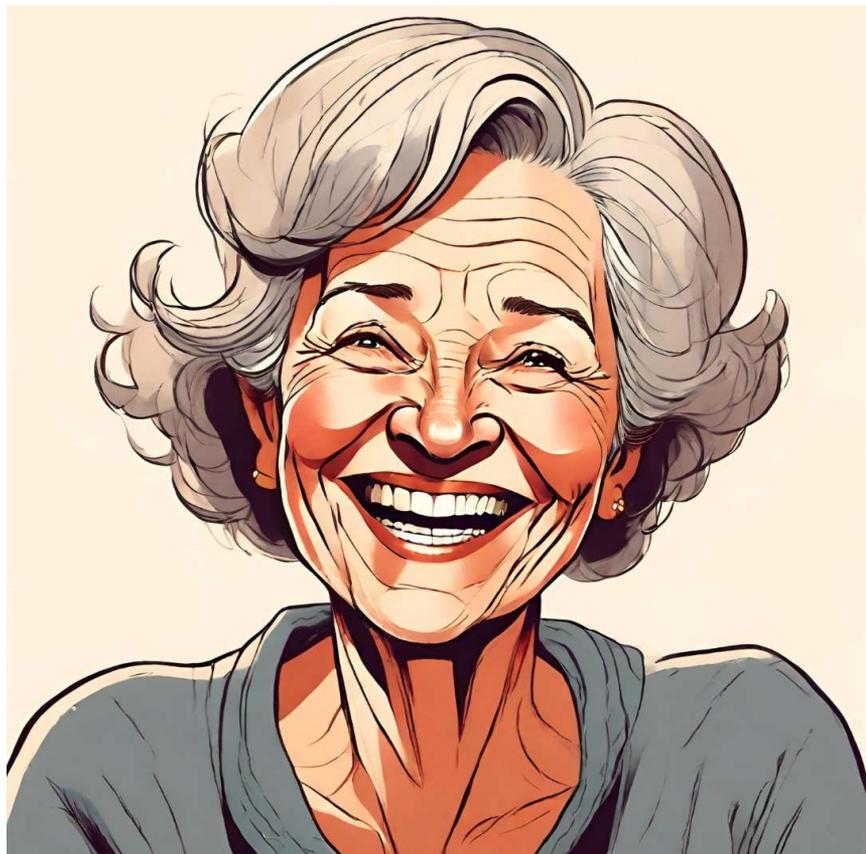


Hoy, en una de mis intrigantes excursiones a lo Indiana Jones por el enorme trastero de los abuelos, he descubierto unas figuras de arcilla preciosas que estaban guardadas en cajas. Las hizo la abuela. Sabía que ella había estudiado Bellas Artes, que pintaba y esculpía, pero nunca había visto un cuadro o una figura modelada por ella. Me he quedado impresionada por su expresividad. Algo me ha picado en mi

interior, no lo había sentido antes, una necesidad de crear con mis manos esas maravillas. Le he pedido a la abuela:

—¡Porfa, porfa, Agüi!, ¿puedes enseñarme a modelar?

Se ha puesto muy contenta, parece que le hubiera inyectado un poco de vida con una manga pastelera de las



que usa para hacer sus tartas.

Hemos ido a El paraíso del Artista a comprar arcilla, creo que es la primera vez que sale a la calle desde hace años. Las figuras no están pintadas, a ella les gusta así, aunque a mí me apetecería colorearlas. Me ha dicho:

—Si quieres, puedes hacerlo.

Así que hemos comprado también pinturas acrílicas nuevas porque las tuyas hace tiempo que se las regaló a alguien. Antes, hemos desayunado con churros en un bar, ella con café, yo con Cola Cao. ¡Deliciosos los churros!, no



los había probado nunca porque para mamá están prohibidos. La sensación de tener los dedos manchados de aceite me ha hecho sentir libre. Noto que la abuela disfruta, eso me alegra mucho. Por la tarde hemos comenzado a modelar la

figura, estoy intentando hacer un caballero medieval. Me quedo flipada mirando cómo sus manos dan forma al barro.

Hoy ha hecho bastante frío en el parque, un viento desagradable movía las copas de los árboles. No hemos paseado mucho tiempo porque estábamos deseando sentarnos



frente al fuego. Sandra y Pelusa han venido a casa. Sentadas al calorcito de la chimenea, le he contado a mi amiga de lo que va a tratar el teatrillo de marionetas que estoy escribiendo: Un rey y una reina viven en un castillo. Tienen una hija, la princesa. La envían a estudiar magia a

la clase de una bruja. Allí se enamora de un príncipe que pasa de ella. Un dragón de tres cabezas y un bufón la cafrean y quieren quemarla con el fuego que sale de sus tres bocas. Un caballero la ayuda a escapar y se refugia en casa de unos magos que le enseñan magia buena. En uno de sus



paseos, conoce a un hada montada en un caballo blanco. Se harán amigas para siempre. Cuando la princesa vuelve al castillo, los reyes comprendieron algo que antes no habían querido ver y enviaron al caballero a apresar a la bruja, al dragón de tres cabezas y al bufón.

Le ha parecido muy bien la idea. Ahora estoy tranquila en la cama, me ha animado el haber conseguido que la abuela salga a la calle. La joya literaria juvenil que voy a leer hoy es *La isla del Tesoro*, de Robert Louis Stevenson. Tiempo con el móvil: cuarenta minutos.



29 de diciembre



Hoy me he levantado de la cama de un salto, aunque todavía era temprano. Casi me caigo y me rompo algo. Recuerdo que cuando me partí el brazo, las niñas escribieron en el yeso burlas que no me gustaron. Papá y mamá dijeron que yo era muy susceptible. ¡Menos mal, esta mañana no ha pasado nada! Lluvia y yo hemos despertado a los abuelos, creía que se iban a enfadar, pero han dicho sonriendo:

—¡Ya vamos, ya vamos!

Estaba impaciente por seguir modelando, me encanta. Después del desayuno delicioso de cada día, a mamá le va a dar algo cuando me vea, hemos subido al trastero para seguir con la figura. No sé cuántas espátulas distintas y herramientas de modelado tiene la abuela en un sinfín de



portalápices. Admiro cómo sus manos convierten un trozo de arcilla en un brazo o una cabeza. Cuando la miro me parece que hace magia. Sí, es una maga. Le he preguntado por qué cerraron este maravilloso trastero, teatro, taller, con la librería. Ha contestado:

—Eso, será mejor que lo preguntes al abuelo.

Ha mirado hacia abajo y ha seguido con la tarea. No he querido insistir. Mi caballero medieval está casi terminado, me ha quedado hasta guapo. ¿Vas a liberar a una princesa y después te la vas a ligar? Le he preguntado, no



me ha contestado porque todavía no estoy tan malita del coco. Ahora hay que esperar a que se oree lentamente, no sé si voy a tener paciencia. Una vez que esté bien seco, tendré que tallarlo para quitarle las imperfecciones y

rugosidades de la arcilla, después, a pintarla, ¡Ayyy, no puedo esperar!

Sigue haciendo mucho frío, Sandra traía hoy un gorro rojo de lana que se ha hecho ella misma. Estaba muy guapa, me ha dicho que si quiero, ella me enseña cómo se hace. Le



he preguntado si quiere venir mañana a casa a pasar el día y dormir, estoy deseando enseñarle este maravilloso mundo de Alicia que estoy descubriendo. Se ha puesto muy contenta, me ha dicho:

—Sí, Alma, me encantaría conocer ese trastero del que tanto me hablas.

Estoy ilusionada con esa idea. De nuevo, pronto a la cama. No sé si he hecho bien preguntando a la abuela, pero ahora los veo más contentos, no quiero que vuelvan a la



tristeza y a no querer salir de casa. Hoy me sumerjo en *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens. Tiempo con el móvil: treinta y cinco minutos.

30 de diciembre



Es ya muy tarde, estoy en mi cama compartiéndola con Sandra, las dos en pijama, bien tapaditas porque hace frío. Diario, ¿te importaría que ella te hiciera cosquillas en la barriga escribiéndote unas palabras?, ¿no te importa?, ¡qué bien!

Hola, diario de Alma. Me alegro mucho de conocerte. Gracias por ser tan simpático y ayudar a mi amiga.

Debes de haberte puesto muy contento. Hoy vamos a recordar y describir el día entre las dos, comenzamos.

Sandra y pelusa han venido a pasar el día y dormir. Los esperaba nerviosa, mirando continuamente por la ventana para ver si llegaban. Nos ha traído mi papi, se lo he presentado



a Alma. Me lo ha presentado, es alto y gracioso, me ha dicho:

—¿Sabes que Sandra en casa habla a todas horas de ti?

Me ha caído muy bien. Les he presentado a mis agüis,

que me han caído igual de bien. Lluvia, en cuanto los ha olfateado, se ha vuelto loco de alegría, saltando, ladrando y moviendo la cola. Lo primero que hemos hecho cuando se ha ido su padre ha sido subir corriendo al trastero. Se lo he enseñado orgullosa, como si fuera mío. Me he quedado



prendada del teatrillo de marionetas, de las figuras de arcilla de la abuela y del apuesto caballero medieval salvador de damas en apuros que ha moldeado Alma. Hemos investigado juntas en las muchas cajas que están aún por explorar. Hemos encontrado un arcón antiguo, podría servir perfectamente para guardar

el tesoro en una película de piratas. Lo abrimos lentamente, con suspense, descubrimos que contenía un tesoro, pero no de joyas ni de monedas ni de lingotes de oro, estaba lleno de disfraces: de piratas, de vikingos, de payasos, de magos, de brujas, de indios, de romanos, de vampiros..., hasta disfraces



para perros. Nos hemos reído muchísimo probándonos, Pelusa y Lluvia se lo han pasado bomba. ¡Ideal!, se nos ha ocurrido hacer una fiesta de disfraces para fin de año en el trastero. Sandra me ha pedido:

—Me gustaría que vinieran dos amigas a la fiesta, ¿te importa que las invite?

—Claro que no me importa, aunque antes tengo que pedir permiso a mis agüis —contesté.

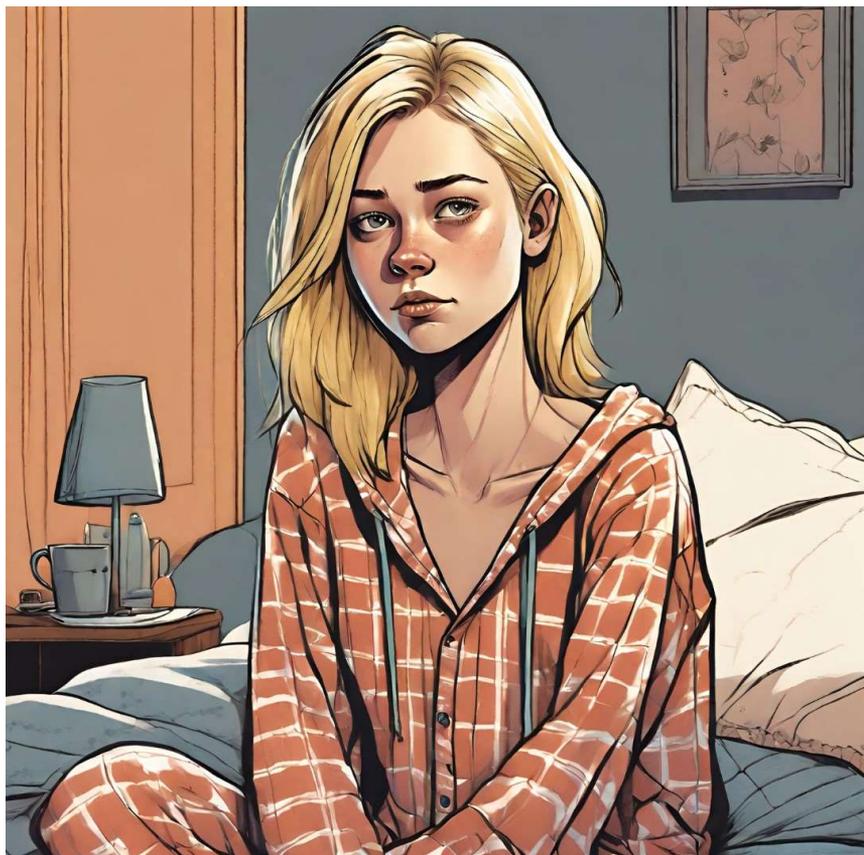
¡Vamos!, me lo han dado, haremos la fiesta de



disfraces. No han puesto ningún inconveniente, yo creo que incluso les ha hecho ilusión el pasar el fin de año en compañía. Para cenar, la abuela nos ha preparado una pizza casera. No te lo vas a creer diario, ha hecho ella misma la

masa. Nos hemos chupado los dedos del quesito fundido que se nos quedaba pegado.

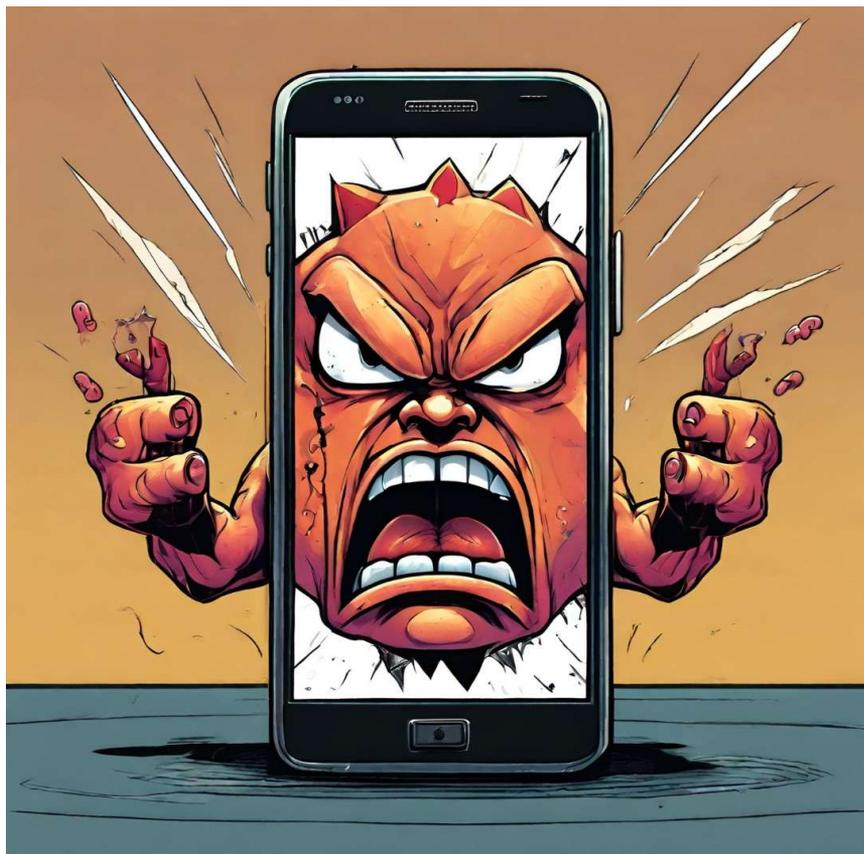
He comprendido que Sandra, en pocos días, se ha convertido en una amiga muy querida, me he sentido con la confianza de contarle mi secreto. Me ha escuchado con



mucho interés, me ha comprendido. Sí, la he comprendido, aunque le he aconsejado que se lo cuente a sus padres y abuelos. Ella también es para mí como una hermana.

Hoy no leo, nos han dado las tantas charlando. Diario, te pido disculpas por el lío este que te hemos hecho. ¿Te

hemos vuelto loco? ¡Pobrecito! Con el pavo, nos duelen hasta la cara y la barriga de reírnos. Tiempo con el móvil: idiez minutos! Un besote muy grande.



31 de diciembre



Esta mañana hacía un solito muy rico. La abuela, Sandra y yo hemos vuelto a desayunar churros con chocolate en un bar. Cuando mamá llegue le va a echar a la abuela una buena bronca, además de rayarla con una conferencia sobre el beneficio de comer brócoli. Después de ponernos púas, hemos ido al mercado de abastos a comprar ingredientes para hacer dos tartas y rosquillas de anís para la fiesta de esta noche. Nunca había estado en un mercado, solo en el

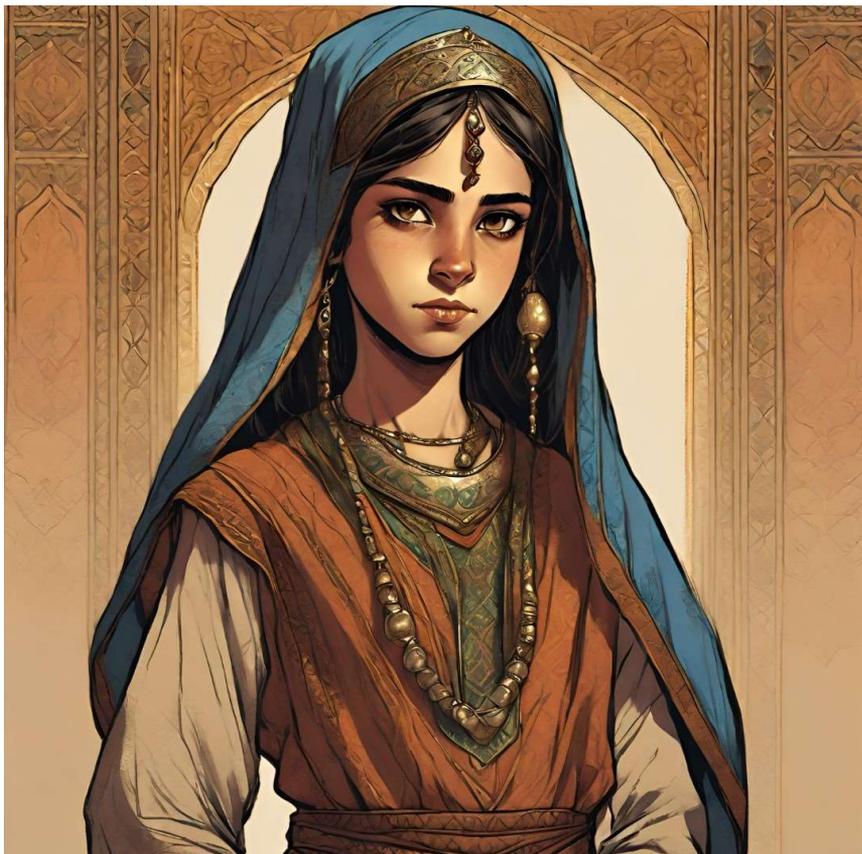
súper. He tenido la sensación de estar viviendo un cuento de *Las mil y una noches*: un puesto todo de especias, otro de aceitunas; otro solo de pollos, gallinas y huevos al que llaman *recova*; de carnes, de pescados y mariscos. El que más me ha impresionado, me ha dado un poco de asco, es uno llamado



casquería. He visto unos sesos de cordero, así todo blandengue y con venitas, por poco me da un malito. Encima, va Agüi y me dice:

—Pues rebozados están exquisitos.

iAgg!, no sé cómo no he potao. Al final de la aventura, cuando me he acostumbrado, resulta que la excursión a la antigua Persia ha valido la pena, me ha gustado. Creía que nos iban a cobrar en maravedíes o rupias, pero no, en euros y con maquinita de Contactless.



En casa, nos hemos metido las tres en la cocina. Nos hemos pasado toda la mañana entre harinas, mantequillas, peroles y horno. Al abuelo le toca esta tarde preparar la cena. Es la primera vez en mi vida que me he puesto un delantal,

mamá no quiere que me acerque al fuego, siempre me salta con:

—Eres aún muy pequeña para cocinar.

Eso me lo viene diciendo desde que tenía cuatro años. Tampoco me deja coger cuchillos ni tijeras. No me permite



hacer nada, luego dice que estoy enganchada al móvil. Debo confesar que me lo he pasado bomba y que me estoy interesando por el arte de la repostería.

A las doce de la mañana, han venido varios operarios de una empresa de limpieza. Han estado trabajando durante

tres horas en el trastero y en la habitación del tío, los han dejado flama, sin una mota de polvo. Hace mucho tiempo que nadie duerme en esa habitación, esta noche lo harán las dos amigas de Sandra. A las chicas las traerán sus padres después de las uvas. Ahora son las nueve de la noche. Hoy



me acostaré muy tarde debido a la fiesta de disfraces y marionetas, por eso te escribo ahora. El cuento que he inventado se llama *Princesa Arlequín contra el dragón de tres cabezas*. Ojalá les guste. ¡Aiiiii!, ¡qué nervios!

1 de enero



Después de la cena y de las uvas de fin de año, que se me han atragantado un poco, llegaron Sandra y sus dos amigas. Una se llama Claudia, es alta, delgada, rubia; la otra, Isa, es más bajita y muy morena. También ha venido un niño de su clase llamado Raúl. A los abuelos no les ha importado esta incorporación de última hora, dijeron, como siempre sonriendo:

—¡Claro que sí!, en un momento preparamos otra habitación para que se quede a dormir también.

Sobre una mesa montada en el trastero, habíamos colocado las tartas, las rosquillas, canapés y refrescos. Comenzamos rebuscando, con gran enredo de brazos,

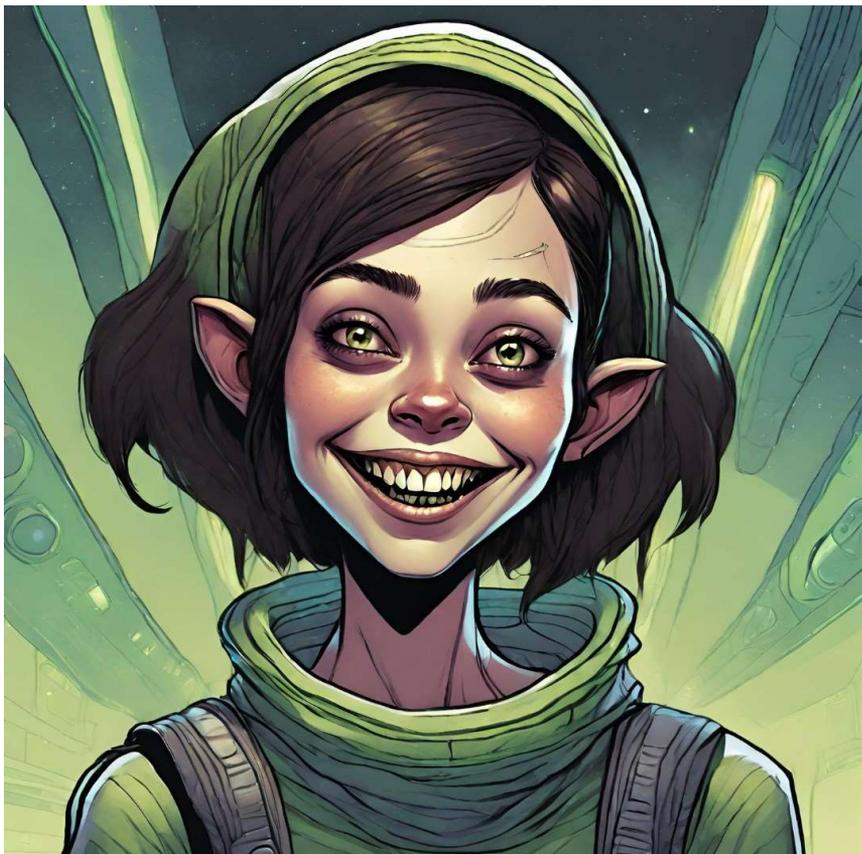


cabezas y risas, en el gran arcón para hacer un concurso de disfraces. Yo de princesa Arlequín, para eso el arcón es de mis agüis. No solo se trataba de vestirnos, también teníamos que hacer una representación acorde con el personaje. Ha ganado Isa, se ha disfrazado de gnomo marciano. Tiene

mucha gracia, posee un don especial para el teatro, nos hemos reído muchísimo con ella y con la voz de extraterrestre que se ha inventado:

—Men llamon Lunan den lan Lagunan Pirulan.

Para la gran reapertura del teatro Ride, he querido



que los abuelos estuvieran presentes, me hacía ilusión. Subieron y se sentaron con nosotros. No te puedes ni hacer una idea, diario, de lo feliz que me he sentido moviendo los hilos de las marionetas, poniendo voces e interpretando un

cuento escrito por mí misma ante unos espectadores que me aplaudían continuamente.

—El caballero, montado en un dron, liberó a la princesa Arlequín de la mazmorra virtual en la que la tenían cautiva la bruja, el dragón de tres cabezas y el bufón.



Pelusa casi se come al dragón, menos mal que Sandra pudo sujetarlo. El final, ¡espectacular!

—¡Bravo, bravo, bravo!

Me han entrado ganas de llorar, pero esta vez ha sido distinto a tantos momentos de tristeza. No sabía que

se pudiera llorar de alegría. También nos hemos divertido con un interesante juego de mesa que ha traído Raúl, con cartas, dados, figuritas y fichas. Antes de irnos a la cama, cuando los perros ya se habían echado porque no podían más, hemos estado charlando de nuestras cosas los cinco. Es



curioso que, en tan poco tiempo, me sienta así de integrada. Hemos formado un grupo de WhatsApp, nos llamamos Cinco Estrellas. Tengo un poco de remordimiento porque he dejado algo olvidadas a las niñas, son mis amigas, aunque

últimamente he comenzado a dudar de si realmente son buenas conmigo.

Hoy nos hemos levantado tarde. Después de comer, hemos ido los cinco a pasear por la ciudad para ver las luces de Navidad. Me lo he pasado muy bien. Me he subido a mi



habitación todas las marionetas. Esta noche me toca disfrutar de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne. Tiempo con el móvil: treinta minutos. Por cierto, diario, me gustaría ponerte nombre. ¿Te gusta Didi?, pues no se hable más, desde hoy, te llamas Didi.

2 de enero



La figura de arcilla aún no se ha secado. ¡Ainn!, estoy ansiosa por tallarla y pintarla, pero Agüi dice que es muy importante que se seque lentamente, cuanto más mejor. Todos los días le cambia el paño húmedo que la recubre y lo vuelve a humedecer. Estamos en el siglo XXI, tendría que existir ya la arcilla autosecable o una app con la que pudieras elegir entre distintos grados de humedad. Pulsaría ahora mismo en la opción «figura endurecida y terminada». No estoy

acostumbrada a estas esperas, cuando he querido algo, lo he tenido de inmediato. Le he propuesto a Agüi utilizar un secador de pelo, me ha mirado con cara rara y me ha dicho:

—Estropearías la figura, se resquebrajaría. Debes aprender a ser paciente, a emplear en cada tarea el tiempo



necesario. Amar lo que haces es dedicarle tiempo y cuidados.

De vez en cuando le soplo, aunque no consigo nada. Para dejar de rayarme, he comenzado a modelar otra figura: un marino, viejo lobo de mar de barba y pipa, cuyo barco

aventurero ha dado la vuelta al mundo siete veces. Me está gustando esto de imaginar historias y escribir.

Esta tarde he vuelto a salir con mi grupo Cinco Estrellas. Llovía un poco, así que hemos ido al cine. Todavía me saben los labios a la sal de las palomitas, me he comprado



un cubo gigante y una Coca Cola. La peli se llama *El último snowman*, una aventura navideña sobre un muñeco de nieve que se derrite por el cambio climático. Un grupo de jóvenes intenta evitarlo llevando a cabo acciones ecologistas. El malvado empresario del petróleo Jan Humenegro se

interpondrá en su camino. ¡Qué rollo!, aquí no nieva, no se pueden hacer muñecos. Nunca he visto un paisaje blanco de invierno. Mis padres sí lo conocen porque suelen ir a esquiar.

—Cuando seas mayor de edad podrás acompañarnos — me sueltan cada vez que les pido que me lleven. Ya se han



roto un brazo cada uno, parece que me tienen envidia, pero a ellos nadie les ha escrito en el yeso bromas con cero unidades de gracia. Quiero hacerles a los abuelos un regalo de Reyes, no se me ocurre qué, además no tengo dinero. Les voy a decir que tengo la ilusión de que me lleven a comer

y a visitar belenes. Ya he conseguido que la abuela salga dos veces, ahora le toca al abuelo. Ese va a ser su regalo anticipado de Reyes o atrasado de Navidad. También puedo escribirles un cuento dedicado. Sí, eso voy a hacer, les gustará. Bueno Didi, me pongo a leer *Un yanqui en la corte*



del rey Arturo, de Mark Twain. Tras los cristales, prosigue la lluvia con su sonido relajante. ¡Me encanta! Tiempo con el móvil: treinta minutos.

3 de enero



Hoy he logrado hacer realidad uno de los regalos de los abuelos: hemos ido a desayunar y a comer juntos. Tengo que agradecerles que me hayan llevado a una pizzería y no a un vegetariano, como hace mamá cuando salimos.

—¡No me gustan las coliflores ni las lechugas! —se lo he gritado mil veces. De beber se toma unos batidos verdes que son más propios para lagartos que para personas. Como me aburro delante de un plato de berenjenas rellenas de

calabacines, me pongo con el móvil y me olvido del mundo aburrisano. A los Agüis no les atrae mucho la cocina italiana, ellos dicen:

—Nosotros somos más de cuchara.

Por eso le doy más valor a que me hayan llevado a un



restaurante de comida rica. Cuando las niñas van a tomar pizzas, no me llaman. Si les pregunto por qué siempre dicen:

—Lo hacemos por tu bien, ya sabes, debes cuidar el sobrepeso, además, la grasa no es buena para los granos.

No entiendo que me digan eso, porque considero que ni estoy gorda ni tengo granos. Se lo suelto y me responden:

—Si quieres un consejo de amiga que te quiere, sigue con el brócoli.

Después de comer hemos estado visitando belenes. En



una cafetería petada de gente me he tomado un Cola Cao con un palo de nata, ellos solo dos cafés. Por la tarde, en el parque hacía tela de frío, he tenido que ponerle a Lluvia su abrigo. Sandra me ha dicho que le caigo muy bien a sus amigas y a Raúl. Hoy no hemos salido por el centro, pero

estoy en llamada en nuestro grupo de WhatsApp Cinco Estrellas. Me siento una más del grupo. Como todos los días, antes de dormir leo una joya literaria juvenil. Hoy me toca *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe. El caballero medieval está una mijita más seco, le he soplado solo un poquito sin que



me viera la abuela. El viejo lobo de mar va tomando forma, he comenzado el cuento que les quiero regalar a los agüis, se llama *Dos magos en el país de la diversión*. Tiempo con el móvil: veinticinco minutos. Hasta mañana Didi.

4 de enero



Los abuelos han salido solos esta mañana, me han dejado al cuidado de Lluvia. Sospecho que han ido a comprar regalos de Reyes, eso me alegra porque hacía años que en su casa no hacían parada sus majestades. Esta noche no sé cómo me siento, es una sensación extraña, entre depre y tranquila, entre embajonada y liberada, entre asustada y esperanzada. Didi, te voy a contar por qué.

Por la tarde, el abuelo me pidió que me sentara junto a él frente al fuego de la chimenea. Aproveché para preguntarle por qué habían tapado la entrada al trastero con la librería. Me contestó:

—En ese trastero están guardados muchos queridos



recuerdos de la infancia de mis hijos. Desde la muerte del tío Ricardo, esos recuerdos nos hacen un daño enorme. Supongo que hemos intentado cerrar la puerta al pasado de esa manera para encerrarnos en nuestro dolor. Sabemos que es el momento de volver a revivir aquellos maravillosos

momentos junto a ti y a los primos, es como si tu madre y, sobre todo tu tío, volvieran a ser niños. Ya ves, abuela ha vuelto a modelar, a salir de casa, a la repostería. Yo también he comenzado a salir, a reparar las marionetas y el teatrillo, a mi escritura. Tenemos mucha suerte de que



pases las vacaciones de Navidad con nosotros.

Primera lagrimita de la tarde, o alegría tétrica. El abuelo continuó:

—Me gustó muchísimo el cuento que escribiste, aunque me llamaron la atención algunos detalles.

¡Oh, oh, alerta, alerta!

—¿Qué detalles? —pregunté.

—Por ejemplo, el rey Severo tiene un nombre que empieza por S, igual que tu padre, Santiago.

—Es una casualidad.



—Es posible, pero la reina Despistada comienza por D, igual que mamá, la princesa se llama Arlequín, tú te llamas Alma.

—No me había dado cuenta.

—El hada, Serena y tu amiga, Sandra. La maga se llama Casandra, empieza por C como el nombre de abuela, el mago Froilán, ¿yo me llamo?

—Fernando.

—¿Tienes algo que contarme del instituto?

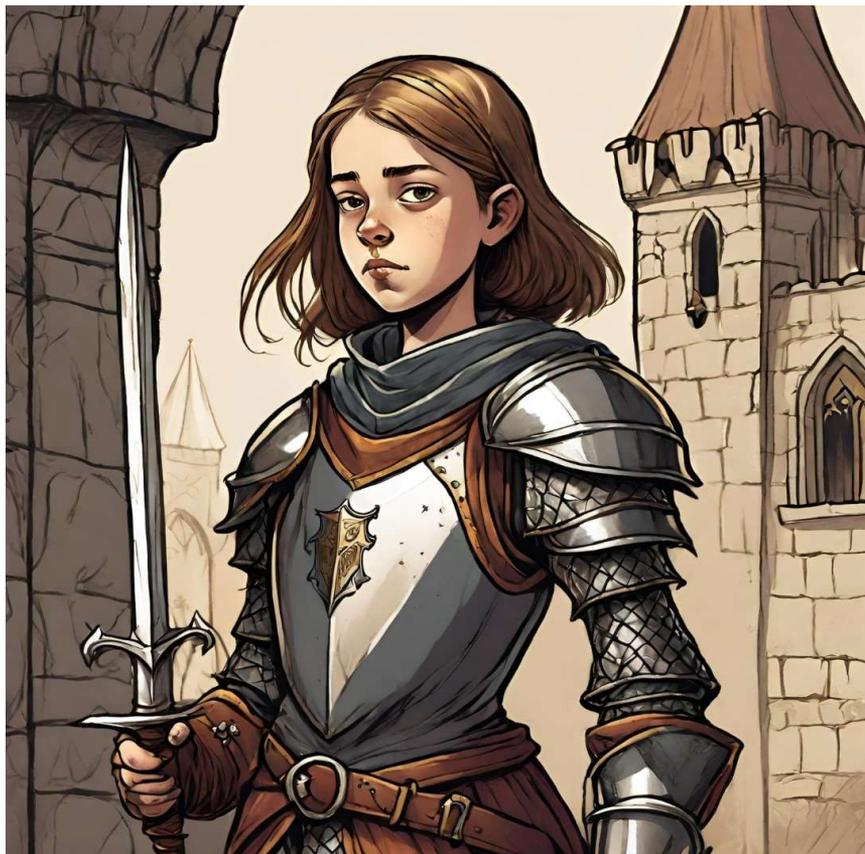


En ese momento me entró un cague muy grande, me temblaba todo el cuerpo, me quedé callada. El abuelo siguió preguntando.

—¿Por qué el dragón tiene tres cabezas?

Tenía que decir algo:

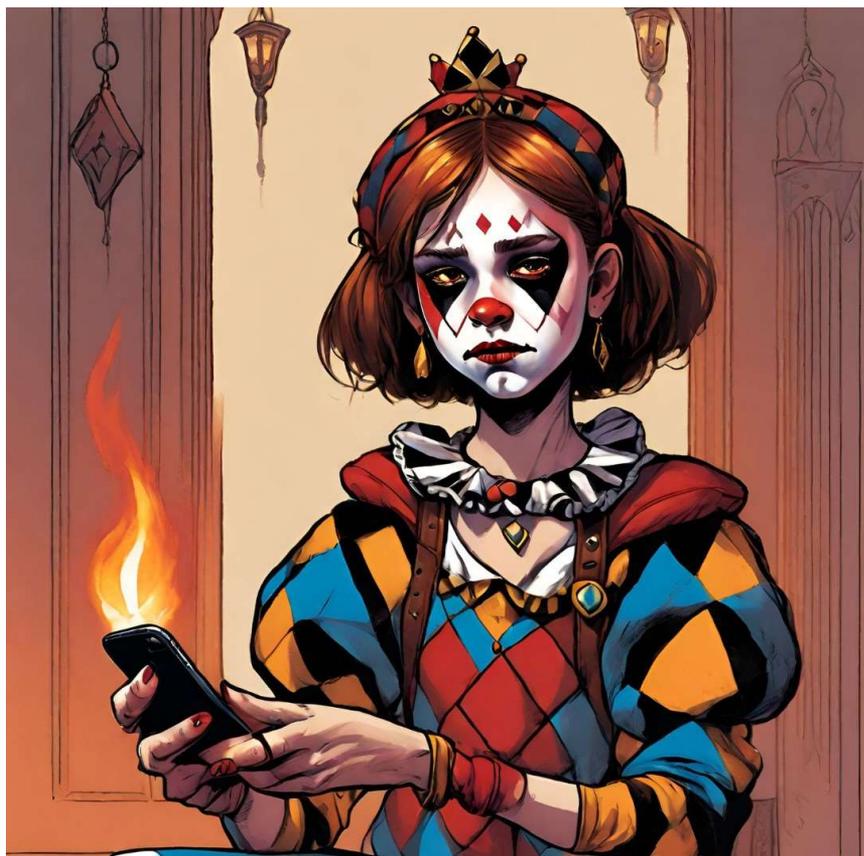
- Me da miedo contarlo, empeoraría la situación.
- Los miedos hay que afrontarlos. Si no lo cuentas, todo seguirá igual. ¿Quieres que todo siga igual?
- No, quiero que esto acabe.
- ¿Confías en mí?



- Sí.
- Dime, ¿por qué el dragón tiene tres cabezas?
- Son las niñas, mi grupo de amigas.

—En el cuento dices que cuando la princesa encendía el móvil le llegaban a través de él los fuegos de las tres cabezas y le quemaban el pelo y las pestañas.

—Porque están siempre riéndose de mí en las redes sociales, dicen que soy fea, gorda y torpe. Me imitan en



TikTok, cada vez que cuelgo algo en Insta me lo critican, el grupo de WhatsApp de la clase no quiero ni abrirlo.

—¿Quién es el bufón Simplón?

—Un niño muy grande de mi clase. Es quien me gasta las bromas más pesadas. Hace, como un perrito obediente, lo que les dicen las niñas.

—¿Qué te ha hecho?

—Me esconde el material, me ha quemado el pelo de



verdad, me ha roto ropa, se inventa canciones sobre mí, me insulta mientras todos ríen.

—¿Quién es el príncipe Cobarde?

—Un niño que me gusta, aunque no me echa cuenta, se ríe igual que los demás.

—¿Y la bruja Natalia?

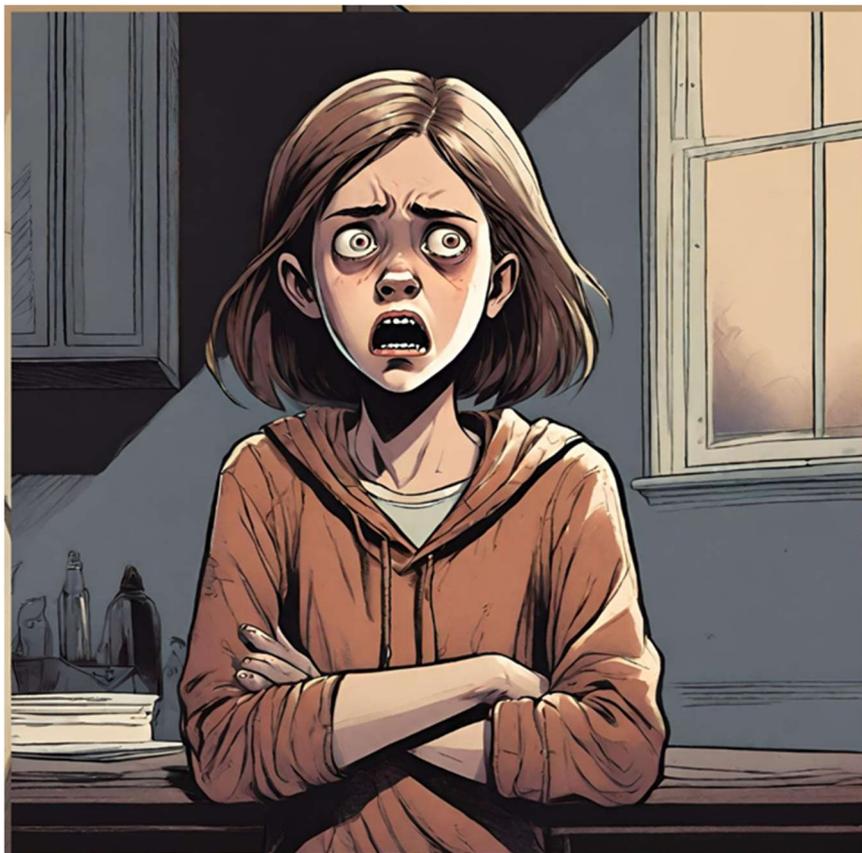
—La tutora del curso, no quiere meterse en nada, aunque algunas bromas pesadas me las hacen delante de ella. A esa no le he cambiado el nombre, la profesora se llama así.



—Todo esto, ¿lo saben papá y mamá?

—Al principio se lo contaba, decían que eran cosas de adolescentes, que me tenía que hacer fuerte. Ahora no quiero que se sepa nada porque los compañeros de la clase pueden ponerse todos contra mí. Ese es el miedo que tengo.

Así estuvimos un buen rato charlando. El abuelo me ha dicho que confíe en él, me ha prometido que todo se va a arreglar. No sé, Didi, si he hecho bien contándoselo. Estoy rara, no tengo ganas de leer, tampoco quiero coger el móvil porque sé que me voy a embajonar todavía más. Apago la



luz, seguro que mañana será un día estupendo. Tengo que olvidarme de Vane, Dulce y Estrella, no han sido nunca mis amigas. ¡Tengo tanto miedo! Autoestima: cero unidades.

5 de enero



Me he levantado sin ganas, casi tirada por el suelo, con ojeras de panda porque no he dormido bien. Estaba preocupada y asustada por la conversación que tuve con el abuelo. Lo he comentado en el grupo Cinco estrellas.

—Ahora mismo vamos para allá —me han contestado.

Han venido a verme, me han animado con su cariño y sus bromas sanas. Hemos dado un voltio por el parque

charlando bajo el cielo azul y el sol calentito de invierno. Me han aliviado la mañana con su compañía.

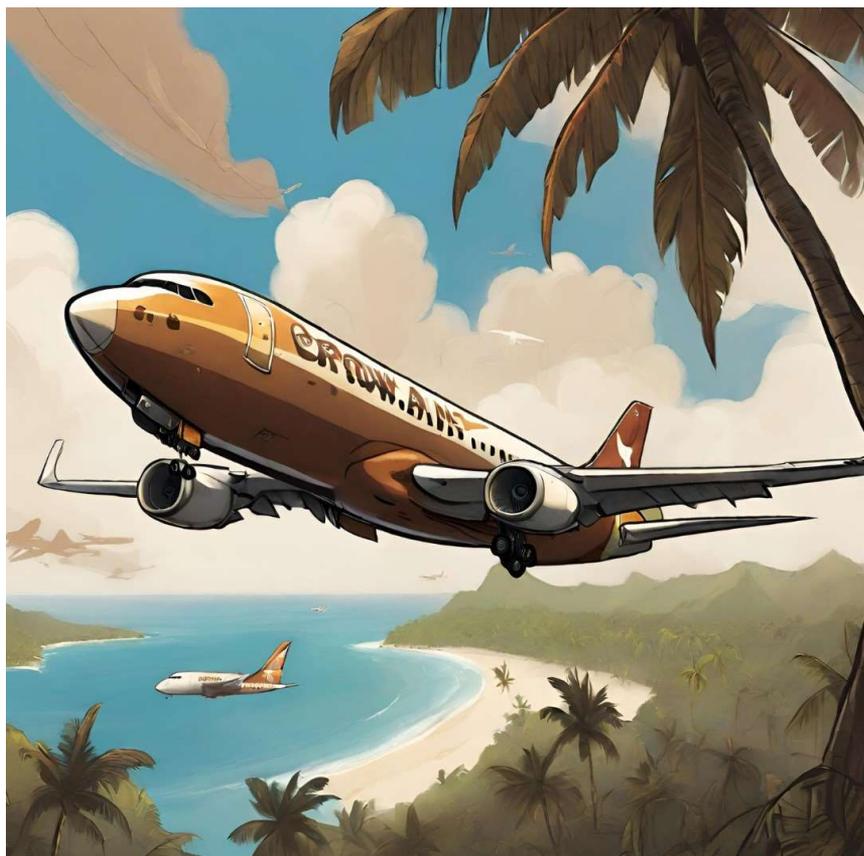
Por la tarde, he visto la cabalgata dos veces, primero con los abuelos a la salida del recorrido, iotro triunfo que me apunto! Hasta se han arreglado.



—¿Te gusta mi vestido? —me ha preguntado Agüi, que estaba guapísima.

Después, con el grupo en el centro, me lo he pasado flama cogiendo caramelos al vuelo entre un bosque de brazos, tirándome al suelo como si fuera una portera de

fútbol para alcanzar los que caían en la acera. ¡Qué risa tonta!, casi me m... Si me ven mis padres, no sé qué me hacen, seguro que me amarran a un brócoli gigante mientras bailan a mi alrededor la danza del comportamiento correcto. Llegan a la ciudad esta noche en vuelo relajado de Aerolíneas



Morenas del Caribe, aparecerán mañana por aquí, también vendrá la tía con los primos, tengo ganas de verlos y jugar con ellos. Nunca había vivido un Día de Reyes en casa de los abuelos, o, al menos, no lo recuerdo. Algo está cambiando para bien, tengo la impresión de que he contribuido en algo.

Parece que no soy tan personaje como dice el malvado dragón de tres cabezas. Esta noche me encuentro más tranquila, no me siento sola, soy fuerte, estoy comprendiendo cosas que antes no era capaz de ver. Ahora me voy a poner a leer *Robin Hood*, de Norman Stinnet. Tiempo con el móvil: treinta



minutos. Autoestima: siete unidades.

6 de enero



Hoy me lo he pasado flama, he recibido regalos de papá y mamá, de la tía y de los abuelos. Sé que la mañana que salieron solos fue para comprarlos. Sus majestades me han traído el eyeliner, la plancha para el pelo, ropa de verano caribeña, un iPhone 13, unas Vans, un bolígrafo lindísimo para hacerte cosquillas en las páginas y un libro: *Cincuenta recetas para cocinar el brócoli*. Lo que más ilusión me ha

hecho han sido las pellas de arcilla, el juego de espátulas y las pinturas acrílicas. Me ha dicho papá:

—Voy a habilitar para ti una parte del garaje del chalet como taller de modelado.

¡Vamos!, ¡auuh!, aúllo como una loba. A los abuelos



solo les he podido regalar una foto enmarcada de un selfi que nos hicimos el día que me llevaron a comer a la pizzería y el cuento dedicado a ellos que he escrito. Les ha encantado, a Agüi incluso se le ha saltado alguna lágrima. La tía sigue mostrándose triste, pero serena. Los primos,

tan desastre como siempre, por donde pasan, es como si hubiera arrasado un tornado. Mis padres están tan morenos que podrían pasar por los reyes Baltasar y Baltasara. Ya están organizando el próximo viaje.

Por la tarde, nos hemos reunido el grupo Cinco



Estrellas para hacernos regalos. Ha sido muy divertido porque, aunque se trataba de tonterías y baratijas, nos hemos reído muchísimo. Mañana vuelvo a casa. Creía que me iba a dar ansiedad como siempre que retorno al instituto después de unas vacaciones, sin embargo, me siento

calmada. No quiero llevarme las marionetas, las dejaré aquí para que el abuelo siga reparándoles manos, dedos y narices. Me llevaré las figuras del caballero medieval y del viejo lobo de mar, están ya secas y listas para tallar y pintar. También la colección de comics *Joyas literarias juveniles*, me flipan.



Sobre la mesilla me espera *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens, pero estoy muy cansada, Didi, hoy no leo. Quiero dormirme saboreando el dulce recuerdo de estos días. El móvil lo he cogido solo para hablar con mi nuevo grupo, ha

sidó muy poco tiempo, preferimos vernos en persona.
Autoestima: donde tiene que estar.



12 de febrero



He dejado de escribirte, Didi, porque te considero la crónica de unas Navidades maravillosas. Vuelvo a abrir ahora tus páginas porque la magia de esas fiestas se ha mantenido en este nuevo año y quiero contártelo.

A mediados de enero, mi caballero salvador llegó al instituto. No traía armadura ni reluciente espada ni montaba un blanco corcel. No es nada guapo, está calvo, viste traje, corbata y gabardina, como única arma blande un maletín de

piel. Desde que el inspector, mi caballero, se batió en duro torneo con el director del instituto, con la orientadora y con mi tutora, la bruja Natalia, parece que me tienen más en consideración, se mantienen alerta ante las embestidas del dragón de tres cabezas y del terrible bufón Simplón. Vane,



Dulce y Estrella ya no son mis amigas, me siento muy tranquila en ese sentido porque realmente no lo habían sido nunca. No me hablan, ahora mi móvil no vomita ese fuego que tanto me quemaba. Sus padres tampoco hablan a los míos, van diciendo por ahí que soy una consentida y una

paranoica. Al menos ahora las niñas no me despellejan, no me hunden la autoestima en WhatsApp. Al bufón Simplón también le llamaron la atención, y sin haberlo intentado me ha salido un pareado. Ahora se ha convertido en mi «colega protector». ¡Me pone negra! Creo que es más básico que una



piedra. Parece que este cambio se debe al caballero Calvo y al último conjuro de los magos Fermín y Casandra. El instituto ya no me produce ansiedad, nadie se burla de mí, mis calificaciones han mejorado mucho.

Los fines de semana duermo en casa de los abuelos, a primera hora de la tarde ya estoy allí. Dicen que Lluvia me espera impaciente toda la semana y que parece saber cuándo es viernes. Cuando llego, se vuelve loco, ladra, salta, agita la cola. Salgo con mi nuevo grupo Cinco Estrellas, me



respetan y sé que me quieren.

Ahora me gusta escribir historias, modelar la arcilla y leer comics y novelas de adolescentes. De las *Joyas*, me he bebido *David Copperfield*, *Los hijos del capitán Grant*, *Aventuras del Capitán Singleton*, *Rob Roy*, *La isla*

misteriosa, Ricardo corazón de león, El señor de Ballantry, Viaje al centro de la tierra, Ton Sawyer a través del mundo, Los últimos días de Pompeya, El último mohicano, El buque fantasma...

Te cierro ya, Didi, te guardaré toda la vida, en mi



corazón y en mi mesilla de noche, no quiero que te pierdas. Me has enseñado que existen personas que para mantener su autoestima alta necesitan pisotear la de los demás, que los amigos no se imponen, se eligen. El tiempo con el móvil no pasa de veinte minutos diarios, me interesa lo justo.

Se me olvidaba, mis padres todavía se mantienen morenos y siguen comiendo grandes cantidades de brócoli. Los abuelos me van a llevar a conocer la nieve. El caballero medieval y el viejo lobo de mar ya están totalmente acabados y pintaditos, han quedado divinos.



Siempre permanecerás en el alma de Alma.

Fin



